

---

## **CUARTO SEMINARIO-TALLER SOBRE DIAGNÓSTICO REGIONAL, PROGRAMACIÓN Y EVALUACIÓN**

Palabras de la Dra. Beatrice Edwards en el Cuarto Seminario-Taller sobre Diagnóstico Regional, Programación y Educación, en el marco de la Quinta Reunión de Coordinación del Proyecto Multinacional de Educación para el Trabajo, en Tegucigalpa, Honduras del 8 al 17 de agosto de 1993.

El propósito general del PMET es el de vincular el proceso educativo al mercado laboral de una manera más efectiva, mediante la orientación de las actividades del proyecto a las poblaciones rurales y urbanas más marginadas. El Proyecto también se orienta al fortalecimiento de las redes profesionales en el campo de la educación para el trabajo a través:

- Del establecimiento de una red electrónica de información.
- De los mecanismos de intercambio de experiencias.
- De la distribución de publicaciones.

Pero éste y los otros dos años más que quedan del sexenio, el Proyecto concentra recursos en las actividades que enfatizan la innovación educativa, en la formación de recursos humanos, la investigación, y la divulgación de información.

En marzo de este año realizamos un Seminario en Uruguay para considerar precisamente proyectos de innovación en el campo y consolidar lo que aprendemos de ellos. Al terminar este seminario, los coordinadores nacionales llegaron a la conclusión de que los sistemas y modalidades educativas convencionales en América Latina ya no responden adecuadamente al ritmo acelerado de los cambios tecnológicos, sociales, económicos y ecológicos que definen el desarrollo del fin del siglo XX. En la mayoría de los países de la Región, los sistemas escolares formales relacionados con el mercado laboral fueron

establecidos y extendidos en sus formas actuales para promover la «modernización», tal como fue concebida después de la Segunda Guerra Mundial. Esta visión que se basa en la mecanización de la agricultura, la industrialización, la sustitución de importaciones, la urbanización y la política de protección es bien conocida.

Conforme a este modelo, las economías en vías de desarrollo durante la época de posguerra necesitaban mano de obra para producir en cadena y lograr los objetivos de productividad aumentada y crecimiento económico continuo. Los sistemas de educación técnica y formación profesional se establecieron para responder a la demanda industrial para este tipo de trabajador calificado.

Simultáneamente, la mecanización de la agricultura expulsó a la población agrícola y comenzaron los flujos migratorios de campesinos analfabetos hacia la ciudad. De ahí se originaron los programas de educación para adultos destinados a enseñar habilidades básicas necesarias para subsistir en un mundo industrializado, urbanizado y comercializado.

La esperanza de los planificadores de la época era que el aumento en la producción industrial absorbería la mano de obra agrícola, aunque después de algún retraso y ajuste; un equilibrio se establecería entre la disponibilidad de puestos de empleo en áreas urbanas y el volumen de los flujos migratorios rurales/urbanos.

Este escenario jamás se realizó, en cambio se manifestó el crecimiento exponencial del sector de «servicios» que absorbía a través del autoempleo la mano de obra rechazada por la agricultura mecanizada. «Los servicios» llegaron a ser sinónimo de «sector informal»: el conjunto de pequeñas empresas con poco capital, carencia de energía y falta de acceso a fuentes de crédito. Dentro del sector existía mano de obra abundante trabajando jornadas largas a cambio de una remuneración sumamente baja. Por lo tanto, el sector se caracterizaba por la pobreza, el subempleo y el desempleo disfrazado. El nivel educativo de los trabajadores urbanos en este sector era también

rudimentario. Mientras tanto, en áreas rurales los campesinos carecían de acceso a la educación básica y a la capacitación laboral vinculada a oportunidades de trabajo existentes. Durante la década de 1980, conocida como «la década perdida para el desarrollo», la política de modernización, que suponía un papel estatal central en la promoción del desarrollo socioeconómico, se estancó. En este modelo de desarrollo finalmente se manifestó como incapaz de atender las necesidades de las mayorías nacionales, excluyendo con esto a un porcentaje cada día mayor de los beneficios culturales y del crecimiento económico. Para estas mayorías, la educación formal no respondió a las condiciones sociales y económicas de su entorno y la educación no formal no les llegó. Esta gente, para sobrevivir, se dedicó a empleos eventuales en empresas informales.

Asimismo, cuando fue evidente que el ritmo de desarrollo no alcanza para satisfacer necesidades básicas de las masas rurales y urbanas, el avance del desarrollo tecnológico y la división territorial nueva del trabajo cambiaron los requisitos para la producción industrial y agrícola en el sector formal. Actualmente, la economía formal no requiere tanto *mano* de obra sino *cerebros* de obra para manejar maquinaria más sofisticada y procesos de trabajo integrado. Por lo tanto, los sistemas escolares relacionados al mundo del trabajo experimentan una demanda para una cobertura más amplia, tanto en la ciudad como en el campo, al mismo tiempo que ofrecen una educación más completa y dinámica: una educación que también incorpora a otros sectores de la vida social y económica. Para responder a esta demanda, tenemos que reconocer el estancamiento del modelo de desarrollo en la Región, no sólo de la modernización como tal, sino también del proyecto del neoliberalismo. Hay que embarcar en un sentido distinto y exponer la realidad más persistente en la Región, esto es, el nivel de inequidad social y económica, y la tolerancia de esta inequidad. Ningún otro continente en vías de desarrollo demuestra la extrema pobreza y riqueza como América Latina y

el Caribe. En esta región, aunque el ingreso *per cápita* es cinco o seis veces el de la región del Sub Sahara de África, el 44% de la población vive en pobreza.

En cuanto persista esta situación no hay posibilidad de un verdadero desarrollo social. Hay necesidad de un cambio fundamental.

Para nosotros esto significa un enfoque especial. En el PMET siempre se ha enfatizado la innovación en las actividades educativas; pero en este último bienio vamos a dedicarnos más a los estudios diagnósticos en áreas particulares, identificando proyectos piloto para abordar problemas microrregionales de carencia de empleo y educación.

Creemos que la investigación y el diseño de proyectos son ahora un punto clave en el campo de la educación para el trabajo. De aquí vienen las innovaciones educativas relevantes; de aquí viene el cambio social. En este campo, últimamente hay mucha discusión sobre la pobreza y proyectos de capacitación para mitigarla: proyectos de microempresas, por ejemplo, que pretenden abatirla partiendo del sector informal. Pero estos proyectos no reconocen el problema de la inequidad -tratan sólo de la pobreza, y no de la riqueza; pero la pobreza *no es* la causa de la pobreza- la estructura social es por donde tenemos que empezar.

Hay que reconocer que el crecimiento del sector informal, la extensión de la pobreza, la carencia de oportunidades y educación no es un accidente, una especie de *byproduct* inconveniente del desarrollo. La pobreza es un eje fundamental del modelo de desarrollo en la Región. Sin embargo, muchos proyectos de educación y trabajo miran a los pobres para resolver los problemas de pobreza, de desempleo, subempleo y falta de capacitación. Los pobres tienen que trabajar más, que producir más; pero no son pobres porque no trabajan, sino porque carecen de tierra, de capacitación, de crédito, de fuentes de energía, en fin, de todo.

Ahora, por ejemplo, está de moda formular proyectos de microempresas para mujeres rurales, cabezas de familias po-

bres. La mujer está cuidando a los niños, cultivando el jardín, cuidando a los animales, manteniendo la casa, buscando leña, llevando agua y aquí viene el proyecto, «¿por qué no monta usted una microempresa?» Es imposible este planteamiento. Nuestros esfuerzos son distintos. Los estudios que vamos haciendo son locales o subregionales y enfocan a las comunidades de una manera integrada para conocer el marco completo de los problemas de falta de educación, de trabajo, pobreza... De ahí podemos diseñar proyectos locales que respondan verdaderamente a las necesidades y posibilidades de la población.

Las experiencias educativas innovadoras surgen para responder a las nuevas necesidades de desarrollo socioeconómico, y se ubican en el ámbito de diversas modalidades y enfoques educativos. Se trata de la educación comunitaria y de la educación popular.

Una experiencia innovadora que vincula la educación y el trabajo es aquella que intenta, desde la acción de aprendizaje, transformar las relaciones y el contexto social de los participantes, mediante la puesta en marcha de propuestas en los campos del currículo, la pedagogía y la evaluación. Estas experiencias apuntan al desarrollo del ser humano y estimulan el pensamiento creativo y participativo. Se realizan a través de procesos que se van perfeccionando en la práctica, a partir de una investigación participativa y reflexiva sobre las necesidades cotidianas de los sujetos.

Las innovaciones educativas surgen de la necesidad para:

- a) La transformación de la escuela y de las prácticas educativas.
- b) La transformación de los modos de pensar, valorar y actuar de la persona.
- c) La generación o respuesta a nuevas formas de producción o empleo, en las cuales se contemple la introducción y difusión de nuevas tecnologías.
- d) La generación de nuevas formas de organización comunitaria.

e) La revitalización de la cultura de los sujetos.

Por su naturaleza, las innovaciones educativas provienen del sistema escolar, tanto en su dimensión formal como no formal, en sus formas públicas o privadas y a la vez pueden ser producidas en otros espacios distintos a él.

Para realizar estas experiencias de una manera exitosa, se estima de absoluta necesidad capacitar o perfeccionar profesionalmente a los docentes y agentes educativos que estén involucrados directamente en el diseño, ejecución y evaluación de las innovaciones educativas, para que actúen como promotores del cambio y no como elementos obstaculizadores del mismo.

En este sentido, es necesario replantear la selección y formación de dichos agentes, incorporando componentes de innovación, investigación y promoción social a los programas de formación.

Se estima necesario también que el Estado asuma un rol de receptor y coordinador de los distintos esfuerzos que han realizado las universidades y organizaciones no gubernamentales en el ámbito de la producción de innovaciones educativas. Y que el Estado promueva experiencias innovadoras de carácter educacional con entidades ajenas al mismo, a fin de posibilitar la puesta en práctica de valiosas experiencias a partir de la aplicación de estrategias de concertación con los distintos sectores sociales, económicos y culturales del país.